

**1**

La invitación para la inauguración de la casa de antigüedades que alguien había dejado en mi buzón estaba dirigida al inquilino anterior. Estaba fechada dos meses atrás y decía:

LA MESILLA DE NOCHE

Donde el pasado tiene futuro.

¿Todavía está buscando muebles y complementos que alimenten sus fantasías?

Si lo suyo es el *Art Nouveau*, el *Art Déco* o la parafernalia anterior a los años sesenta, ¡visítenos!

El texto despertó mi curiosidad, así que decidí visitar el lugar y el sábado siguiente conduje hasta la zona norte de la ciudad. La calle estaba en obras y, aparte de una panadería y una tienda de comestibles coreana, no presentaba mayores señales de vida. La dirección correspondía a una galería cuyas tiendas estaban aún vacías o a punto de ser ocupadas. Al fondo, La mesilla de noche brillaba como un diamante en la oscuridad, una oscuridad que me hizo tropezar con un ladrillo y casi caer, pero me salvó el abrazo de una mujer surgida no sé de dónde. Entre sus senos, a un palmo exacto de mis ojos, vi el cangrejo azulado.

6 EDGARD TELLES RIBEIRO

El cangrejo me transportó directamente a otra época. Me alejé un poco, miré su rostro bronceado y era ella: Andrea. Cuando nos abrazamos, noté, con una pizca de melancolía, que ya habían pasado diez veloces años desde el fin de nuestra época en Los Ángeles. De este modo quedaba descifrado el primer misterio: La mesilla de noche era brasileña, hija de una carioca educada en las trincheras de Venice, en una California que acababa de vivir Woodstock y que aún tendría que digerir el Watergate y el fin de la guerra de Vietnam. No obstante, quedaba otro enigma por desvelar: ¿qué hacía Andrea tan lejos del mar, en el fondo de una galería comercial medio desierta de la capital federal, ella, protagonista de mi primer medimetraje (el hasta hoy desconocido *Crimen en la primavera*) y, posteriormente, exitosa modelo? Convenía indagar:

— ¡Todavía recuerdo el estruendo del motor de mi coche cuando metiste marcha atrás sin embragar!

— ¿Marcha atrás?

— ¿No te acuerdas? Pensaste que mi coche era automático y metiste marcha atrás sin embragar. Durante el rodaje...

— ¿Rodaje? ¿Qué rodaje?

— ¿*Qué rodaje...*? Retrocedí un poco, decepcionado, casi abatido, pero no tardé en encontrar fuerzas para insistir:

— ¡La mesilla de noche! Quién lo hubiera dicho: tú, dueña de una casa de antigüedades en pleno altiplano central...

Y ella, tras retroceder a su vez para apoyarse en un armario centenario, con el cigarrillo en la mano, la cabeza inclinada, el pelo sobre la frente y la voz repentinamente ronca, recorriéndome de arriba abajo de refilón:

— *Anybody got a match?*

Entonces sí... El recuerdo de la película fundido en su parodia. Otro abrazo... La belleza del reencuentro con mi Lauren Bacall y su humor un tanto cruel.

No obstante, tenía buenas razones para sentirme inseguro. Durante seis años, a principios de la década de los setenta, estuve estudiando e intenté hacer cine en Los Ángeles, mientras pinchaba música brasileña en dos emisoras de radio y, por las noches, para ganar algo de dinero, trabajaba como cocinero en Cyrano's, un restaurante italobrasileño en Sunset con Cahuenga. Y, aun así, mi carrera comenzó y culminó con aquella primera película, recibida con frialdad en las tres proyecciones de exhibición. La obra había sido corta, las cicatrices serían eternas.

En esa época Andrea vivía con Murilo, un paulista que exportaba bicicletas a California, al que había conocido en la playa de Arpoador, cambiando pronto las arenas de Río por las de Venice, donde ganó un setter irlandés al que bautizó con el nombre de *Jung* y un mini-Honda amarillo de segunda mano. Solía pasear sin rumbo por la trama de autopistas, escuchando la radio, Jung con la lengua fuera a su lado. De vez en cuando yo le dedicaba una canción a ella en la KPFK/FM y, a cambio, recibía una invitación para almorzar. Murilo siempre se las arreglaba para estar presente en esos almuerzos, lo que resultaba un poco frustrante. La exportación de bicicletas es uno de los últimos asuntos de los que uno quiere hablar cuando todas tus energías están volcadas en los pequeños valles habitados por cangrejos azules.

Andrea sugirió que saliéramos a tomar un café. Cerró La mesilla de noche, cogimos mi coche y partimos rumbo al bar más cercano. En la radio sonaba *Meu Benzinho*:

*Pega minha mão sem ter medo  
O que aconteceu vai ser nosso segredo*

No era la San Diego Freeway ni la KPFK/FM, pero la dulce banda sonora y el perfil a mi lado lo confirmaban:

8 EDGARD TELLES RIBEIRO

Andrea, después de dos matrimonios e innumerables carreras, esplendorosa a sus treinta y pocos años, vivía ahora en Brasilia, donde había abierto una casa de antigüedades gracias a la herencia que le había dejado una anciana tía. Antes, había pasado algún tiempo metida en una finca del interior de Goiás. Para mí, sin embargo, continuaba desnuda, sumergida en mi bañera, en una de las inolvidables escenas de *Crimen en la primavera*.

— Y Murilo, vigilándote en la bañera...

— Ni me lo recuerdes... Murilo...

En las escenas de desnudos Murilo no se despegaba de nosotros ni un instante. Incluso llegó a imponer duras condiciones a la producción, entre ellas que Andrea se quedara en bragas y camiseta oscuras justo hasta el momento de las tomas. Nuestra actriz, que se consideraba una mujer independiente pese a vivir fundamentalmente del dinero que le daba su novio, reaccionó a su manera: mantuvo los pezones de sus adorables senos firmes bajo la camiseta.

Mientras conducía le pregunté sobre el origen del nombre «La mesilla de noche», que me hacía pensar en el pequeño mueble paterno con su despliegue de objetos misteriosos que habían instigado mi imaginación de niño, en particular gemelos y cuellos almidonados, llaves y binóculos, junto a portarretratos y viejos ceniceros. Andrea me habló entonces de su tía Guilhermina, en realidad su tía abuela, de quien había heredado hacía año y medio una finca de buen tamaño en el interior de Goiás repleta de muebles, objetos antiguos, porcelanas y otras curiosidades. Pero sobre todo había heredado una historia que me obligó a aparcar en la orilla del lago Paranoá, pues no existía en toda la ciudad un bar que estuviera a la altura del pergamino que mi amiga, poco a poco, empezaba a desenrollar ante mis ojos.